

FRANCISQUILLO EL SASTRE

Nueva relación de los desafíos, hazañas y valentías del más jaque de los hombres.

Salga el acero á brillar
pues soy hijo del acero
hijo soy de Pedro el sastre
y nieto soy de mi abuelo.
Francisquillo soy el sastre
el que á nadie tiene miedo,
el que hará que tiemble el mundo
con sus heróicos hechos.
Venid aquí, forradores
de palos con los pellejos,
pantomimistas de lunes
revolvedores de pueblos,
llegad los de la madera
fanfarrones carpinteros
aunque con vosotros venga
esos prosas cedaceros;
tejedores, hiladores
juntaros con los barberos
y salid con éste al campo
que tiene perdido el miedo;

labradores hortelanos
y exforzados molineros,
hoy os desafía un sastre
que tiene la sangre hirviendo.
Vengan jueces y abogados
escribanos marrulleros,
que á un plumazo que os dé
os dejaré sin aliento;
venga Bernardo el del Carpio
ese guerrero soberbio,
con su espada y su rodela
que no le teme este cuerpo;
venga el moro Brabonel
ese jaquetón lancero,
que le quitaré el turbante
y le haré cristiano nuevo;
venga el mismo Fierabrás
venga Roldán y Oliveros,
y hasta Carlo-Magno venga
si perder quiere el pellejo;
vengan hoy todos los guapos
lleguen aquí barateros,
venga el soberbio más grande
capitán de bandoleros;
vengan los Ponce de León
los Guzmanes y Carreros,
vengan cuantos hijos-dalgos
ponen los piés en el suelo;
venga aunque sea Luzbel
con todos sus compañeros,
que á estocadas les haré
que vuelvan á los infiernos;
y pues nadie venir quiere
pues todos me tienen miedo,
veréis hazañas de un sastre
que ahora contarlas quiero.
Apénas cumplí veinte años
salí un día de paseo,
como me hallaba en Madrid
hasta el puente de Toledo,
llegué á un juego de cané
que había mucho dinero,
y pregunté quién cobraba
los ochavos muy lijero.
Un granadero salió
de los de morro con pelo
que por habano en su boca
podía llevar su cuerpo;
le dije: ponte en defensa
y me respondió: trastuelo,
saco al punto mis tijeras
y él el sable sacó luego;
pero le aprovechó poco
que á los dos golpes primeros,
el pescuezo le corté
como si fuera de sebo.
Sin pena ni sobresalto
fuí siguiendo mi paseo,
y llegué á Carambanchel
á beber el vino fresco;
catorce guardias civiles
incluso con su sargento,
llegaron á mí á prenderme
y me dicen: dáte preso.
Por cima brinqué de todos
y ellos dispáran á un tiempo,
más ninguno me tocó
y fué tener mal acierto.
Siendo tan buena ocasión
tiro al punto de mi acero
y á todos los despaché
éste quiero este no quiero;
libre de aquella maraña
pillo piés para Toledo,
donde á nadie conocía
y me hallaba sin dinero;
en un café me metí
donde había muchos necios,
y á tratarme principiaron
como perro forastero.
Yo con toda mi prudencia
les dije: señores, quedos,
que soy Francisquillo el sastre
el terror del Universo.
Se miran unos á otros
apenas aquesto oyeron,

de risa están reventando
y yo de coraje lleno.
  Saco al punto mis tijeras
y á cortar retal comienzo
de brazos, pechos y piernas
sin olvidar los pescuezos,
treinta y ocho dejé allí
arrastrados por el suelo,
y yo me puse en la calle
más fresco que el mes de Enero.
  Me fuí á una fonda y allí
lo que pedí me sirvieron,
y con un abonaré
pagué todo por entero.
  Marché para Andalucía
y al pasar Despeñaperros,
diez ladrones me asaltaron
pero yo siempre sereno,
les pregunté qué querian
me respondieron: dinero;
les dije, no tengo un cuarto
lo que tengo es un acero,
y lo que desearía
es ser compañero vuestro
para que sepáis quien soy
y la destreza que tengo.
  Me admitieron muy gustosos
y á una venta no muy lejos,
fuimos todos á comer
y nos regaló el ventero;
allí pasamos la tarde
y ya que el sol era puesto,
me dan una carabina
y cartuchos más de ciento.
  Como una legua anduvimos
cruzando montes y cerros,
hasta que llegamos á un sitio
que parece contadero;
toda la noche anduvimos
guardando el mayor silencio
por ver si alguno pasaba
pare despojarle luego;
fué nuestra suerte contraria
pues no vimos ni un mochuelo,
que son aves de rapiña
cual mis dignos compañeros.
  Siendo ya de dia claro
abandonamos el puesto,
y todos juntos marchamos
á un cortijo no muy lejos;
allí almorzamos en grande
sin costarnos el dinero,
y despues fuimos al monte
á darle tributo al sueño.
  Los diez á dormir se echaron
bien calientes de cerebro,
y yo siempre con afan
de alimentar mi acero.
  Apenas los ví dormidos
bufando como unos puercos,
saco mis finas tijeras
y principio á cortar cuellos.
  A los diez dejé difuntos
y á registrarles comienzo,
y entre todos encontré
cerca de ochocientos pesos.
  Viéndome con esta suma
sin detenerme un momento,
para Málaga marché
á donde llegué contento.
  Paseándome una tarde
solo por tomar el fresco,
conocí que se burlaban
de mí cuatro pintureros;
me arrimé á ellos y les dije:
señores, soy forastero,
sastre soy en todas partes
y así tened miramiento.
  Apenas oyeron sastre
¡mira que empeño dijeron!
entre tres hacen un hombre
y aún estira el pescuezo.
  Apénas aquesto ví
meto la mano á mi acero,
no hice más que ras, ras
y dejé los cuatro muertos.

Como era al anochecer
y mis piés que son el viento,
en un pestañear me puse
de la ciudad muy adentro.
Entré en una gran posada
pedí cena y me sirvieron
y en cama de tres colchones
pasé la noche de un sueño.
Al otro dia de mañana
entré en casa de un prendero,
y compré todo un vestido
á estilo de malagueño.
De Málaga pasé á Ceuta
á ver unos compañeros,
que por sus buenos servicios
allí se hallaban de asiento.
Estuve unas tres semanas
sin tener ningún tropiezo,
y por no matar cristianos
me pasé á los moros luego.
En Tánger una noche á diez
les agujereé el pellejo,
tanto que por cada herida
podía pasar un perro.
Desde Tánger pasé á Argel
me estuve allí mes y medio,
mandando todos los dias
cuarenta y cinco al infierno.
Me marché á Constantinopla
capital de siete imperios,
donde está aquel gran señor
rey de sesenta y tres reinos
allí seis meses estuve
en los cuales habré muerto,
pasados de veinte mil
y no hablo más porque no quiero
y nadie me contradiga
si conservar quiere el cuerpo,
que mis entrañas están
peor que rabioso perro,
que en sacando mis tijeras
que son dos armas á un tiempo,
pincho, corto y entresaco
las entretelas del pecho;
¡cuántos en la sepultura
están solo por el miedo
de verlas ensangrentadas
rebozadas de pellejos!
Esto os lo dice un sastre
poquito pico y silencio,
quien no lo quiera creer
se lo hará creer mi acero,
que entre los musulmanes
pienso pasar poco tiempo;
y así nadie de los sastres
se chuleé, y ande con tiento,
que tambien los sastres son
de carne, hueso y pellejo;
y os lo digo á más á más
que tienen en sus adentros
corazón, hígado y bazo
y su cuajo bien repleto.
Aquí dan fin mis proezas
mis arrojos y mis hechos,
comer, beber y dormir
es lo que desea el cuerpo,
que al que se muere le entierran
como sucedió al tio Prieto,
que nadie se acuerda de él
ni yo tampoco me acuerdo.

FIN

MADRID—Imp. Universal de F. Hernandez, Carrera de San Francisco, 6.